EL PAIS
MADRID
OJD: 436302
01/12/2001
PressCut Service

La vida cotidiana en el infierno

¿Cómo fue posible el ascenso de Hitler al poder? Se publican en España tres libros imprescindibles para conocer los años del advenimiento del nazismo *Historia de un alemán*, inédito de Sebastian Haffner, gran éxito en Alemania tras su publicación hace un año, *LTI*, de Victor Klemperer, que analiza la diana retórica fascista, y *Memorias*, de Albert Speer, amigo personal del Fuhrer y arquitecto responsable de su imperialismo escenográfico

HISTORIA DE UN ALEMÁN. RECUERDOS, 1914-1933
Sebastian Haffner
Traducción de Belén Santana
Destino. Barcelona, 2001
264 páginas. 2.500 pesetas

LTI
Victor Klemperer
Traducción de Adam Kovacsics
Minúscula. Barcelona, 2001
410 páginas. 3.660 pesetas

MEMORIAS
Albert Speer. Traducción de Ángel Sabrido, revisada por Rosa Sala
El Acantilado. Barcelona, 2001
936 páginas. 4.492 pesetas

LUIS FERNANDO MORENO CLAROS

El 2 de enero de 1999 fallecía en Berlín, su ciudad natal, el gran publicista Sebastian Haffner, a la edad de 91 años. Su verdadero nombre era Raimund Pretzel y provenía de una familia acomodada. Su padre, un funcionario prusiano que poseía una excelente biblioteca con más de 10.000 volúmenes, le transmitió su pasión por los libros, pero también lo ayudó a adquirir la sensatez necesaria para observar el mundo con sentido común. El muchacho estudió jurisprudencia y, a sus 25 años, era ya pasante en el Tribunal Imperial de Justicia; con cierta probabilidad, su carrera hubiera sido la de un alto y brillante funcionario de Estado de no haber llegado Hitler al poder en Alemania, el 30 de enero de 1933.

Aunque aquel joven rubio y bien parecido no era de origen judío, sino "ario", y no tenía nada que temer en ese sentido de los nazis, que incluso le hubiesen permitido medrar en la Administración, en 1938 eligió el camino del exilio trasladándose a Inglaterra. Allí trabajó para *The Observer* como periodista y, tras estallar la Segunda Guerra Mundial, publicó *Germany: Jekyll & Hyde*, su primer libro sobre Alemania, en el que, además de exponer la ignominia que suponía el Tercer Reich para el mundo entero, analizaba la supuesta "colaboración" de los alemanes con el régimen criminal. De aquella época data su cambio de nombre —procedente de su amor por Bach y de la mozartiana *Sinfonía Haffner*—, a fin de camuflarse y evitar que su familia, en Berlín, fuese represaliada por los nazis.

Y ya como Sebastian Haffner regresó a su patria en 1954, donde trabajó para *Die Welt* y, después, durante muchos años, para el semanario *Stern*. Aparte de sus polémicos artículos de análisis histórico-político —la pacata izquierda germana siempre consideró a Haffner un columnista "de derechas", dados sus inveterados ataques al comunismo de la RDA—, publicó títulos tan señeros como *Churchill, Die November Revolution, Anmerkungen zu Hitler* o el único de sus libros aparecido en España, hoy descatalogado: *El pacto del diablo* (Bruguera), sobre las relaciones germano-soviéticas.

Entre el legado de Haffner, los albaceas hallaron un texto inédito que llevaba por título *Historia de un alemán*. El original databa de 1939. Apenas publicado en Alemania, el pasado año 2000, el inédito de Haffner se convirtió en un gran éxito de ventas, y es que su contenido resultó ser apasionante. Mezcla de reflexión ensayística y autobiografía, Haffner intentaba explicarse, por una parte, las razones que habían posibilitado el ascenso de Hitler al poder, y con este fin repasaba con admirable claridad y concisión la historia de Alemania desde 1914 hasta aquel momento. Por otra parte, el autor se centraba en su propia vivencia durante los meses que siguieron a aquel acontecimiento fatídico y que tan graves consecuencias traería consigo.

Cartel electoral solicitando el voto para la candidatura de Hindenburg y Hitler, en Berlín en 1933. CORBIS

Amor en la barbarie

Fue el instinto, "la nariz", lo que previno en contra de los nazis a aquel chico culto, despabilado, individualista y celoso de su libertad, que era Raimund Pretzel a sus 25 años, en 1933. En modo alguno podía adherirse a un régimen que se inmiscuía sustancialmente en la vida privada de las personas, que se proponía dirigir sus movimientos, controlar las amistades, los gustos y, principalmente, el pensamiento de todos. Aquel joven, que incluso en cierta ocasión se había declarado "más bien de derechas", sentía que había algo que "olía mal" en los nuevos señores: su retórica, su cinismo, la brutalidad de sus acciones. Pero ese olfato para discernir entre lo carente de valor y aquello que sí lo poseía, desgraciadamente —se lamenta el autor—, era ajeno a la mayoría de los alemanes.

Después de referirse brevemente a las tres décadas que transcurrieron entre el fin de la Primera Guerra Mundial y el advenimiento de Hitler: la inflación, la "era Stresemann" y, finalmente, los años postreros de la República de Weimar, en tonos que recuerdan lejanamente a *El mundo de ayer*, de Zweig, Haffner describe magistralmente el infierno en que, en cuestión de días, se convirtió la vida diaria en el Reich. De repente, "la masa lo invadió todo: lo bárbaro se convirtió en cotidiano; lo chato y obtuso, la falta de *nouance*, de *valour* se tornó general". Desde entonces sólo cupo lo "pesado y artificial, lo colectivo aplastó el pensamiento individual; la libertad fue abolida y comenzó el dominio de la oscuridad y el terror". "El infierno" se convirtió en norma para los ciudadanos que se negaron a colaborar activa o pasivamente con aquella ideología bombástica y fundamentalista. El ambiente se estrechó cada vez más en torno a los espíritus libres y fueron nulas las posibilidades de resistir individualmente a esa especie de Goliat *portaesvásticas* en que se convirtió la nación entera.

Detrás de las aclamaciones de júbilo al paso de escuadras de jóvenes uniformados, tras el obligatorio saludo a la romana —cualquiera que se abstuviera de alzar el brazo en público recibía una paliza—, oculto bajo la fanfarria militar, se escondía o bien la necedad de un pueblo sin conciencia, machacado por la ideología, o bien el miedo. De súbito, el denominado "pueblo de los poetas y los pensadores" dejó de serlo, pues tanto poetas y pensadores acabaron en los campos de concentración o huyendo al extranjero. "La cultura descendió de golpe hasta niveles ínfimos", sofocada por el hervidero de consignas, por los discursos de los ideólogos; de pronto, dejó de producirse "algo que mereciera la pena".

Moralmente, la nación entera se desquició, y no sólo cuantos fueron señalados como víctimas; también quienes se unieron a los nazis, bien por cortedad, mero oportunismo o, simplemente, para salvar la vida, cayeron en una espiral de terror y chantaje emocional, y cuando quisieron salir de ella ya no lo lograron: Hitler y sus centuriones, pero también la gran mayoría de sus conciudadanos, los succionaron hacia un atroz vórtice de dominio. Así, por pura inconsciencia, muchas personas se vieron convertidas en cómplices del gran crimen contra la humanidad perpetrado por Alemania. Y es que, constata Haffner, para los ciudadanos "normales" fue más cómodo dejarse trastornar por aquel régimen extremadamente nacionalista, populista y racista que oponer resistencia; no en vano, se imponía en toda la nación aquel carácter general que era el denominador común de una gran parte de los alemanes de la época: falta de coraje civil, "instinto de rebaño" (en palabras de Nietzsche) y, sobre todo, una marcada incapacidad sustancial de disfrutar de una vida de sosiego y felicidad individuales; nada temía más el burgués medio que "el vacío y el aburrimiento"; así, el *horror vacui* junto a la estupidez y los difusos deseos de "salvación" lo enjaezaron de tal forma que se convirtió en presa fácil de las ideologías de todo cuño.

Entreverada con tales ideas y reflexiones acaso un tanto generales pero que dan en el clavo, Haffner narra, además, en su impresionante documento —magníficamente traducido al castellano— una tibia historia de amor: la del narrador y una muchacha judía, acaso el trasunto literario de la mujer que lo seguiría a Inglaterra y que más tarde sería su primera esposa: Erika Hirsch. Asimismo, relata el avatar de su mejor amigo, también de origen semita, jurista como él, y ya sin la más mínima posibilidad de vivir con normalidad en Alemania, donde bajo los auspicios de la nueva barbarie legal se ordenaba al pueblo que diese rienda suelta a su ancestral antisemitismo.

Con el nacionalsocialismo, entraron en vigor nuevas leyes que excluían a los funcionarios judíos de la Administración y ordenaban a los "arios" boicotear todo negocio regentado por judíos e incluso a los profesionales autónomos como médicos o abogados pertenecientes a aquella "raza maldita". Miles de familias judías se vieron, pues, de la noche a la mañana sin posibilidades de subsistencia, y escasos fueron los "arios" que se atrevieron a desobedecer las órdenes recibidas.

Sebastian Haffner

Se llamaba Raimund Pretzel. Era pasante en el Tribunal Imperial cuando los nazis llegaron al poder. Aunque no era judío, se exilió en Gran Bretaña en 1938. Tomó su seudónimo de la Sinfonía Haffner, de Mozart, para evitar que su familia fuera represaliada en Berlín. Regresó a Alemania en 1954, donde ejerció como polémico analista. Tras su muerte en 1999 se descubrió el original de *Memorias de un alemán*

Prohibido tener animales

Víctor Klemperer (1881-1960), profesor de lenguas románicas en la Escuela Técnica Superior de Dresde desde 1920, perdió su empleo en 1935 a consecuencia de las pertinaces leyes antijudías. Su padre fue un rabino, pero el joven Viktor recibió una educación poco ortodoxa y siempre se sintió alemán, e incluso bajo los nazis permaneció fiel a la cultura de Goethe y Beethoven, afirmando que Hitler y sus carniceros no eran Alemania. Combatió como voluntario en la Gran Guerra y se casó con

EL PAIS
MADRID
OJD: 436302
01/12/2001
PressCut Service

MEMORIAS DE OTRA GUERRA

Un 'camisa parda' distribuye panfletos en un piquete antisemita situado delante de un comercio judío en Berlín CORBIS

Victor Klemperer

Hijo de un rabino y primo del director de orquesta Otto Klemperer, este profesor de la Universidad de Dresde perdió su puesto debido a leyes que impedían a los judíos desde ejercer su profesión hasta usar los transportes públicos. Escribió unos celebres diarios de los que procede el material de *LTI, Lingua Tertii Imperii*

una mujer "aria", la pianista Eva Schlemmer. El matrimonio Klemperer estaba bien situado, tenía estatus social, una vivienda propia y un automóvil; todo ello le fue arrebatado como consecuencia de las disposiciones raciales cada vez más inhumanas y que, aparte del ejercicio de una profesión, prohibieron a los judíos poseer bienes inmuebles, deslazarse libremente por la ciudad, usar los transportes públicos, comprar en las tiendas e incluso tener animales de compañía. Por cierto, Klemperer escribiría sobre esta última disposición: "Una de las crueldades de las que no habla ningún proceso de Núremberg y por la que levantaría un patíbulo alto como una torre para castigarla, aunque me cosase la bienaventuranza eterna".

A Eva se le ofreció la oportunidad de divorciarse de su marido "impuro", pero ella prefirió compartir su suerte. Así es que las nuevas autoridades "realojaron" al matrimonio en dos minúsculas habitaciones en una "casa de judíos", junto a varias familias más de origen semita. Allí, sus miembros vivían en régimen de reclusión, privados de los derechos más elementales, teniendo que realizar trabajos forzados en distintas empresas de la ciudad y sometidos a vejaciones continuas por parte de la policía, que únicamente anhelaba una mínima transgresión de cualquiera de las decenas de leyes absurdas para enviar al infractor a un campo de exterminio.

Sin embargo, el tranquilo profesor, curioso observador de la realidad, contumaz escritor de trabajos filosóficos acerca de sus queridos pensadores de la Ilustración y paciente escritor de diarios, no perdió la sangre fría ni la capacidad de interesarse por su entorno. Día a día fue anotando como pudo las minucias cotidianas de la vida en la jaula del "imperio", y ello aun a costa de su vida y la de su mujer, pues los judíos no debían poseer libros ni escritos privados.

La mentira como norma

De tales dietarios, compilados entre 1933 y 1945 y que próximamente publicará en España Galaxia/Círculo, procede en parte el material que conforma la obra que Minúscula edita ahora por primera vez en castellano, en esta magnífica traducción de Kovacsics. *LTI* data de 1947, año en que Klemperer, superviviente por azar junto a su esposa al aniquilamiento definitivo, fue rehabilitado como profesor. Se trata de una auténtica joya antitotalitaria centrada en el comentario y crítica del lenguaje dominante durante el Tercer Reich, esto es, de la retórica que impusieron los vencedores, los *idiotizadores* de masas, y que, en definitiva, fue la mejor propaganda para inocular sus ideas. Klemperer arremete fríamente, desmenuzándola en sus piezas fundamentales, contra aquella jerigonza que tan certeramente describió Sebastian Haffner como "la jerga horrible que en cada uno de sus vocablos llevaba implícito un mundo entero de poderosa estupidez".

Como filólogo que era, aquel amante de los clásicos de todas las épocas fue extremadamente sensible con la transformación sufrida por su querida lengua materna, repentinamente inundada de vocablos nuevos acuñados *ad hoc* o de términos anticuados a los que se otorgó un nuevo significado, cuajada de eslóganes y consignas que invitaban a lo mismo: a no pensar en absoluto o a secundar a pies juntillas la ideología impuesta por los nuevos estadistas.

En aquel régimen aborrecible, liderado por asesinos, las siglas de toda especie cobraron una importancia descomunal: era el signo más visible de la preponderancia de lo colectivo y de la falta de individualidad; había las "SS", las "SA", las "JH", las "BDM" (luego vendrían los "KZ"), etcétera, pero sobre todo, observa Klemperer, operaba el sofocante "LTI", la *Lingua Tertii Imperii*, la lengua del Tercer Reich. Fue ésta la que de súbito impregnó todos los ámbitos de lo cotidiano: la radio desde la que escupía el Führer sus discursos de demente, los periódicos, convertidos en panfletos al servicio del partido, y el lenguaje del tendero de la esquina; todos cuantos vivían en Alemania se envenenaron con esas "pequeñas dosis de arsénico" en que se transformaron las palabras y que a la larga fueron letales, verdaderos cómplices de las humillaciones y los asesinatos.

En un principio, mientras aún se le permitía vivir como ciudadano normal, Klemperer se negó a escuchar aquella abominación o a hojear un solo libro nazi; pero andando el tiempo, ante la evidencia del poder arrollador que cobraban las nuevas expresiones, la curiosidad filológica pudo más que sus escrúpulos y el despabilado profesor leyó incluso *Mein Kampf*, de Hitler, ("donde se predica la estupidez de las masas y la necesidad de mantenerlas en la estupidez"), así como cuanto panfleto nacionalsocialista caía en sus manos a fin de analizar aquella retórica infernal, aquel abismo de vacío idiomático que acaba-

Pasa a la página siguiente

Las manos de Hitler

CUENTA KARL JASPERS que, al preguntarle a Heidegger cómo es que Alemania podría ser gobernada por un hombre de tan escasa formación como Hitler, éste le respondió: "¡La formación es indiferente, tan sólo mire usted sus preciosas manos!". Eran las mismas manos cuyo recuerdo habría de suscitar en Albert Speer la idea de que transmitían la falsedad de aquel ser esencialmente "vacío y muerto".

Sebastian Haffner no dudó nunca acerca del carácter de aquel estadista advenedizo. Tras leer la noticia del nombramiento de Hitler como canciller anotó: "Por un instante casi percibí físicamente el olor a sangre y suciedad que rodeaba a ese hombre". Sobre todo, fue incapaz de comprender cómo aquel ser esperpéntico había llegado al poder absoluto: "Ese peinado de proxeneta, esa elegancia de pacotilla, esa increíble verborrea unida a los ademanes de epiléptico, la mirada entre flamante y extraviada. La mayor parte de las personas que lo aclamó en el Palacio de los Deportes en 1930 habría evitado pedir fuego a un hombre como aquél".

En 1940, Haffner pronosticó en su primer libro sobre el Tercer Reich el suicidio del Führer. Décadas después, en 1978, este autor de tan certero instinto publicaría una de sus obras de mayor éxito: *Anotaciones —u observaciones— a Hitler;* por entonces, se advertía en Alemania una oleada de mitificación del tirano amparada por enormes dosis de desinformación.

Desde entonces ha habido grandes biógrafos del jerarca nazi, como Ian Kershaw, quien asegura que, tras años de investigación, Hitler le parece "aún más repulsivo que antes", sobre todo debido al ingrato misterio que aún suscita su personalidad. Lothar Machtan se ha atrevido a bucear en esa cara desconocida siguiendo la pista de un tabú: la supuesta homosexualidad del Führer, que, aunque galante con las mujeres, hacía caso omiso a sus encantos, pues —afirmaba— "estaba casado con Alemania". Machtan sostiene, en un trabajo especulativo, que Hitler era homosexual, y que tal secreto fue el mejor guardado del Tercer Reich. La inclinación erótica del dictador habría sido conocida por sus amistades de juventud, tanto por cuantos lo frecuentaron durante su época de pintor fracasado en Múnich como durante su servicio en la Gran Guerra. Varios testimonios parecen confirmarlo: encuentros eróticos con algunos camaradas y en los lugares "de ambiente" de la capital bávara, "verdadero Eldorado homosexual" de Europa. Una vez en el mundo de la política, el futuro canciller se las ingenió para lograr que sus antiguas amistades callaran, comprando su silencio o, ya en el poder, recurriendo al asesinato masivo, tal como sucedió en la célebre "noche de los cuchillos largos", según Machtan, verdadera maniobra de "limpieza" para terminar con todos cuantos "sabían de más".

Pero no es únicamente la inclinación homoerótica de Hitler la que Machtan saca a relucir, sino también la de varios de sus colaboradores más cercanos. Así, la relación del Führer con Rudolf Hess habría sido principalmente de naturaleza sexual, aunque no así la amistad con Speer, amor frustrado" del tirano. A cambio, se cuentan diversos amantes, tales como el chófer Julius Schreck o el prominente weimarés Hans Severus Ziegler.

Como documento, y dejando a un lado la fiabilidad de las fuentes, algo que ya discuten los especialistas, *El secreto de Hitler* resulta de gran interés, acaso algo precipitado hacia el final. No obstante, hay una cuestión que queda en el aire y que debería haberse abordado una vez atestiguadas las inclinaciones del siniestro fantoche: ¿de qué tipo de "homosexualidad" se habla? ¿Se trató de una "patología" de fuerte componente narcisista? ¿Un simple y puro "miedo" a la mujer y de ahí, "complicidad" con cuantos sentían del mismo modo? El término "homosexual" a secas resulta vago y confuso. Siempre se supo que algo chirriaba en la trastienda hitleriana. Klaus Mann, entendido en tales cuestiones y que tuvo ocasión de observar a Hitler en un hotel de Múnich, advirtió la posibilidad de cierta "anomalía" en aquel ser y su parecido con un conocido infanticida, un tal Haarmann, "Barbazul homosexual que consiguió arrastrar a treinta o cuarenta niños a su pocilga, donde les cortaba el cuello mientras los sodomizaba". El delicado vástago del autor de *La muerte en Venecia* tenía muy claro que "siempre ha habido cientos de tipos diferentes de homosexuales, incluidos los muy repulsivos y fatales". Machtan ha aportado amplia materia para la reflexión, el morbo y la polémica. L. F. M. C.

El secreto de Hitler. Doble vida del dictador Lothar Machtan Traducción de Juan María Madariaga. Planeta. Barcelona, 2001 407 páginas 2 900 pesetas

EL PAIS
MADRID
OJD: 436302
01/12/2001
PressCut Service

MEMORIAS DE OTRA GUERRA

La directora de cine Leni Riefenstahl fue una de las grandes artífices de la estética nazi mediante sus documentales de propaganda

Viene de la página anterior

ría conformando una nueva visión del mundo. Klemperer descubrió que aquel lenguaje cargado de mentira era aceptado por la mayoría de las personas con absoluta naturalidad, impregnaba el habla cotidiana y conformaba las mentes de cuantos lo hablaban, lavándoles el cerebro tanto a víctimas como a verdugos. Así, incluso los propios judíos, cayeron presa de las novedosas concepciones y pronto hablaron el mismo idioma que los verdugos.

LTI tiene poco que ver con un intrincado tratado de filología para especialistas; es una obra amena, jugosa y rebosante de ironía que nos transporta a la oscura vida cotidiana del Reich a través de las palabras. Desde términos modestos como "engranaje", "sincronización", "poner en marcha", hasta conceptos grandilocuentes como "pueblo", "raza", "nación", "conspiración judía mundial", "guerra de los judíos", pasando por el análisis de otros conceptos como "héroe", "fanático", "histórico", u observaciones acerca de la abundancia de superlativos, el modo de la puntuación, la adjetivación, etcétera, Klemperer elabora un impresionante breviario de la aberración linguística al servicio de la ideología totalitaria usando la técnica de tomar palabras como protagonistas de pequeñas anécdotas extraídas de la vida real, lo que convierte a *LTI* en un trabajo de campo, cuyos resultados son asequibles para casi cualquier lector. Pero acaso lo más impresionante sea el retrato que elabora Klemperer a través de los clichés linguísticos puestos en boca de todos, de aquella sociedad que fue capaz de secundar a un "líder" loco y a su pandilla de asesinos megalómanos, a aquellos "niños terribles que de repente se tornaron gigantescos en su poder y capacidad para el mal".

Escenógrafo de Hitler

Las *Memorias* de Albert Speer (1905-1981), arquitecto áulico de Hitler, destacan claramente esa faceta de seres inmaduros dotados de inmenso poderío que fueron los nazis y, sobre todo, el carácter de su cúpula de gobierno, pues abordan tanto los imponentes proyectos arquitectónicos del Reich, concebidos para perdurar "eternamente", como la guerra mundial, emprendida por Hitler en su desmesurado afán imperialista de someter Europa y el resto de la tierra.

Albert Speer

Amigo íntimo de Hitler, a los 30 años fue nombrado arquitecto del Reich. Siete años más tarde, en plena guerra, ministro de Armamento. Escribió sus *Memorias* en el penal de Spandau tras ser condenado en Núremberg a 20 años de prisión. Murió en Londres en 1981.

Publicado en 1961, el grueso volumen que compilase el ex jerarca nazi Albert Speer durante sus años de cautiverio en el penal de Spandau se convirtió de inmediato en un éxito de venta. Sin duda, interesaba sobremanera conocer las opiniones de quien fuera condenado en 1946, en el proceso de Núremberg, a 20 años de prisión, acusado como criminal de guerra. En España se editó en los años setenta en una versión mutilada y deficiente, recuperada ahora completa (con notas al pie y fotografías) por El Acantilado, y cuidadosamente revisada por Rosa Sala. Hoy, las *Memorias*, al margen de la antipatía que pueda suscitar su autor, quien sin duda se esfuerza en todo momento por mostrar su faz más agradable, perduran como uno de los documentos históricos más valiosos para acercarse a Hitler y a la corte de personajes histriónicos que lo rodeaba, pues Speer fue un testigo excepcional de la vida del tirano.

El brillante arquitecto, persona de notable inteligencia y talento, describe la realidad del Reich desde la cima más elevada: su visión es la del privilegiado habitante de un reino casi de ensueño que conscientemente prefirió evadirse de la realidad cotidiana de muerte y terror de aquel régimen sangriento al que servía, en aras de la satisfacción de sus ambiciones personales, centradas principalmente en su trabajo "creador". Speer se consideraba simplemente "el arquitecto"; en un principio, "no quería saber de política", hasta que, en 1942, asumió tareas de enorme responsabilidad al ser nombrado por Hitler ministro de Armamento. En competencia con Göring, planeó la economía bélica y, gracias a su empeño, mantuvo una fabulosa producción hasta el final de la guerra. En Núremberg se le acusó, precisamente, de que su sabia gestión hubiese retrasado el fin de la contienda en Europa, así como de haber empleado en las fábricas alemanas a miles de trabajadores esclavos.

El "nazi bueno"

El joven Albert Speer, vástago de una familia acomodada de la burguesía de Mannheim, terminó sus estudios de arquitectura en 1927. Casi de inmediato recibió un encargo que pudo haberle llevado a trasladarse por tiempo indefinido al reino de Afganistán, país en el que acaso hubiera hecho carrera como urbanista cortesano de no haber sido derrocado el soberano Aman Allah por un golpe de Estado, suceso que dio al traste con las ilusiones de quien ya se veía construyendo fabulosos palacios estilo *Mil y una noches*.

Al triunfar el nacionalsocialismo, Speer, inspirado por un "olfato" bien distinto al de Haffner, se afilió al partido nazi, y poco después, gracias a algunos encargos menores hechos por Goebbels, trabó contacto con el arquitecto oficial de Hitler, Troost, y con el propio Führer, cuya personalidad le impresionó "desde el primer momento". Poco tardó en descubrir la debilidad que Hitler, en tanto que "artista que no había podido llegar a serlo", sentía por la arquitectura. Speer se entendió de maravilla con el dictador; entre ambos proyectaron obras mastodónticas, destinadas para representar ante el mundo a un imperio que tendría que durar "más de mil años". Cuenta Speer que se sentía "como Fausto, siendo Hitler su Mefistófeles". Fallecido Troost, sería Speer, que tan sólo contaba 30 años, el único responsable de los proyectos arquitectónicos de Hitler: palacios particulares para los miembros prominentes del partido, cancillerías, inmensos estadios, extensas avenidas y arcos de triunfo gigantescos; todo salía de la imaginación del arquitecto, que sabía entusiasmar a Hitler con aquel tipo de construcción mastodóntica, plúmbea, elaborada con materiales pesados y bastos, como la piedra y el granito, destinados a perdurar por los siglos de los siglos.

Unido por lazos de amistad a su benefactor, Speer fue incapaz de disimular la simpatía que sintió hacia la parte afable que siempre le mostró Hitler. Al arquitecto se debe en gran parte el tópico, tan divulgado, del "irresistible magnetismo personal del Fuhrer". En todo caso, el ambicioso colaborador, seducido por la posibilidad de llegar a ser un "segundo Schinkel", el más célebre de los arquitectos prusianos del siglo XIX, prefirió ignorar siempre al dictador histérico, al demente que era capaz de encolerizarse como un chiquillo, arrojarse al suelo y, literalmente, "comerse" de rabia las alfombras de su despacho.

Nada de ello priva de interés a los testimonios de Speer sobre la corte hitleriana. Son memorables las descripciones de la cursilería del "cogollito" formado por los escogidos de Hitler durante sus estancias en la residencia de recreo de Berchtesgaden, donde las señoras charlaban de temas insustanciales cual amas de casa burguesas mientras el Führer comentaba con sus fieles películas americanas que acababa de ver en pase privado. Imprescindibles, también, los testimonios acerca de Goring, Bormann, Hess, Hoffmann o las apreciaciones acerca de la misteriosa amante del Führer, Eva Braun. Tampoco hay que despreciar las reflexiones de Speer acerca de las diferentes etapas de la guerra, e inolvidable resulta la narración trepidante de los acontecimientos acaecidos durante las últimas semanas antes de la capitulación, cuando Speer se opuso por primera vez en su vida a las órdenes de Hitler logrando impedir con su deslealtad que se llevase a cabo el siniestro plan del tirano, que pretendía nada menos que arrasar Alemania, destruir fábricas, puentes, minas, ciudades y aldeas antes que dejarlas en manos de los aliados, condenando a "caer con él" a la población alemana.

Al pulcro Speer se le apodó después de su proceso "el nazi bueno", en flagrante oxímoron. Manifestó que no supo nada de los crímenes contra la humanidad del nazismo hasta el último momento. Cuesta creerlo. Ello no impide que sus *Memorias*, sinceras o no, constituyan una lectura apasionante.

Desfile de la Sección de Asalto del partido nazi junto a la Puerta de Brandeburgo, en Berlín.